



Artículos de Estudiantes

Ontología y nación en Rodolfo Kusch

Ontology and nation in Rodolfo Kusch

RAMIRO LAGO¹

Resumen: El siguiente artículo buscará analizar la posible relación entre algunas categorías del pensamiento de Rodolfo Kusch. Dichas categorías son: nación, pueblo, filosofía y mito. La intención es demostrar que ante el diagnóstico de la situación problemática de la nación y del rol que la filosofía ha venido jugando en la misma, Kusch propone ensayar diversos mitos populares como solución válida, tanto al problema de la nación como de la filosofía. Ya que ambos se encontrarían relacionados. Creemos que en el fondo del planteo kuschiano, subyace implícita la idea de la refundación del Estado Nacional sobre nuevas bases, a partir de la descolonización del pensamiento. Tema vigente en la actualidad que Kusch estaría anticipando varias décadas atrás. Nos interesa en este sentido señalar la profunda vigencia de este autor para comprender nuestra propia realidad.

Palabras Clave: Nación; pueblo; filosofía; ser; mito; drama.

Abstract: The following article intends to analyze the possible connection between certain categories in Rodolfo Kusch's thought. Such categories are: nation, the people, philosophy, and myth. The purpose is to demonstrate that, considering the diagnosis of the problematic situation of the nation and the role of philosophy within it, Kusch proposes to try diverse popular myths as a valid solution to these problems—both the nation and the role of philosophy—since they are closely related. It is believed that on the basis of Kusch's proposal underlies the implicit idea of reestablishing the Nation state on new foundations, beginning with the decolonization of the mind. This is currently a significant topic, which was anticipated by Kusch. The intention is to denote the relevance of this author in the understanding of our own reality.

Key words: Nation; people; philosophy; being; myth; drama.

Cómo citar: Lago, R. (2018). Ontología y nación en Rodolfo Kusch. *Cuadernos Filosóficos*, 15.
<https://doi.org/10.35305/cf2.vi15.55>

Publicado bajo licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 4.0 Internacional [CC BY-ND 4.0]



Fecha de recepción: 05/04/2019
Fecha de aprobación: 22/06/2019

I Introducción

El 30 de septiembre del 2019 se cumplen 40 años de la partida física del filósofo argentino Gunter Rodolfo Kusch, quien en 1989 a diez años de su deceso, fue homenajeado en la Cámara de Diputados de la Nación, donde se lo destacó como: “uno de los pensadores más importantes no solo de Argentina, sino de América, considerado por algunos un maldito más, de esos que pueblan nuestra historia y cultura, y por ello silenciado y negado por los cenáculos de la cultura oficial” (Kusch, 2007, Tomo IV, p. 834)

Indagador incisivo de las realidades de nuestro continente, permanentemente desechadas, soterradas o reprimidas por el proceso de colonización cultural aún vigente, en su vocación por desnudar el europeísmo, que mantiene aprisionada a gran parte de la intelectualidad latinoamericana en cánones ajenos y preestablecidos, llevándola a construir un universo de referencias en Europa y Estados Unidos que no coincide con nuestra pertenencia real a América Latina, encontramos la causa del rótulo de “maldito” citada anteriormente, además de una explicación sobre la poca difusión que su obra ha tenido.

No obstante desde aquel décimo aniversario a este cuadragésimo algo ha cambiado. Rodolfo Kusch ha cobrado cierta notoriedad, mereciendo la atención de distintos autores, revistas, editoriales e inclusive universidades que le han dado un reconocimiento inimaginable hace apenas unos años. Algunos hitos de este derrotero son la labor de difusión y preservación de la obra por parte de su hija y de su esposa, la edición de sus obras completas en el año 2007 por parte de la editorial “Fundación Ross”, el trabajo de instituciones como la UNTREF, la realización de jornadas y seminarios sobre el pensamiento del autor, el estreno del documental alusivo de Jorge Falcone “Hombre bebiendo luz” entre tantos otros.

Creemos intuir en esta propagación de diversas reflexiones sobre su obra, la sólida confirmación de la actualidad que poseen las ideas de este pensador original. Sin embargo sigue siendo escasa la reflexión en torno a sus textos, más aún si consideramos el volumen, la amplitud temática y la originalidad del corpus al que nos referimos. Nos encontramos ante una obra coherente, que mantiene a lo largo del tiempo un interés y una búsqueda que se repiten, profundizándose en cada nuevo libro. Pero no creemos que pueda interpretarse este conjunto como un sistema, tampoco que haya sido la intención del autor elaborar algo semejante. Más bien entendemos que podría calificarse bajo la idea de un “esbozo” como el mismo denominó a su último gran libro², donde solo están trazados los lineamientos generales de un modo provisional, aunque conteniendo en su interior los lineamientos esenciales de su filosofía. Esta

2 Nos referimos a “Esbozos de una antropología filosófica americana”.

característica le brinda un carácter abierto a sus textos, lo cual permite que hoy sean reinterpretados al calor de los acontecimientos de nuestro siglo.

El siglo XXI nos ha impuesto la tarea de repensar el continente. Los vaivenes políticos, las nuevas identidades emergentes, los novedosos procesos nacionales instituyentes actualmente en declive, la revitalización del movimiento indígena (con el caso paradigmático de Bolivia, con el primer presidente indígena del continente) conllevan la necesidad de repensar América bajo nuevas coordenadas intelectuales. En este contexto la figura de Kusch se alza como un faro que nos brinda una orientación, para no extraviarnos en el complejo escenario abierto en la actualidad. A su vez los hechos históricos acaecidos en nuestra región las últimas décadas, confirman en muchos aspectos su posición, convirtiéndolo en un antecedente lúcido y una referencia insoslayable a la hora de repensar las categorías de análisis desde las cuales interpretar los resortes profundos de Nuestra América³.

En este marco nos proponemos realizar el bosquejo de una problemática crucial en su pensamiento: la cuestión nacional. Temática que, nos atrevemos a decir, fue casi una obsesión en la obra del autor, quien vuelve sobre el asunto en reiteradas ocasiones durante prácticamente toda su obra. Pero el concepto de nación no aparece definido como tal “in extenso” en ningún pasaje específico, sino que las alusiones al mismo se hayan distribuidas a lo largo de toda su producción. Siendo nuestra primera labor la de rastrear los argumentos a través de los distintos libros, buscando desentrañar aspectos quizás no del todo explicitados y tratando de reconstruir un conjunto de categorías problemáticas que en su interrelación pueden darnos las claves para comprender el punto de vista del autor. La indagación sobre las distintas aristas del problema nos permitirá a su vez reconstruir algunas de sus principales líneas de pensamiento, sintetizadas en ciertas categorías de análisis centrales, como “ser”, “estar” y “pueblo” a través de las cuales podremos dar cuenta de la peculiar forma en que el autor concebía el fenómeno nacional.

Queremos proponer la hipótesis de que Kusch concibe, desde una dimensión existencial, a la nacionalidad argentina como un fenómeno irresuelto, esto es, como una nación inconclusa, inconclusión que tiene su origen en un olvido ontológico. La ontología, verdadera clave de bóveda de toda la filosofía Kuschiana, nos permitirá hacer referencia a los aspectos más hondo de aquello que nos constituyen como latinoamericanos. El debate sobre el ser, tan vasto en la

3 Con esta definición hacemos alusión al título del ensayo de José Martí (1948), quien lo utiliza como un llamado a la unión de los pueblos hispanoamericanos y como forma de reapropiación y distinción del nombre América de la América Anglosajona.

tradición filosófica clásica, reaparece en Kusch de forma situada, desde América, permitiendo mostrarnos como somos.

Lo cual nos llevará a indagar aquello que considera un aspecto pre-óntico, el lugar ontológico de la nación, ubicado con anterioridad al resto de las esferas sociales (la política, la economía, etc.) pero no es un antes cronológico sino filosófico, es decir metafísico. No se trata de encontrar, por decir así, áreas sucesivas de profundidad, sino más bien, de llegar a lo que en realidad está en un primer plano y hace a la verdadera mecánica y estructura de la nación. Solo en este sentido puede considerarse previo al quehacer político, económico y cultural, y como subyacente a todas las prácticas sociales. Siendo por tanto en lo primero que debemos tener en cuenta a la hora de hacer un análisis integral de nuestra nación.

Para demostrar nuestra posición dividiremos el análisis en tres partes. El punto cero de la reflexión será establecer un análisis existencial del continente, ya que partimos de una premisa básica, la incidencia de América en el contorno que adquiere la nación. En un segundo momento abordaremos la perspectiva del autor según la cual se conciben dos líneas de continuidades en el proceso de independencia nacional, una continuidad colonial y una continuidad indígena. Por último trataremos de exponer las consecuencias de lo que sería el olvido ontológico del pueblo en el proceso de formación de la nación.

De manera secundaria intentaremos mostrar en el trascurso del análisis algunas de las ideas que permiten definir a Kusch como un “filósofo maldito”. Ya que si su labor consistió, entre otras cosas, en contrastar la filosofía europea con las realidades divergentes de América, poniendo a prueba el pretendido carácter universal de la misma, el resultado obtenido puede catalogarse como un conjunto de herejías filosóficas que le han permitido comprender aquellos aspectos de la realidad soslayados por la tradición de pensamiento occidental⁴. Sus herejías filosóficas, si se las puede llamar así, le van a permitir acortar la distancia entre el instrumental filosófico heredado de Europa y la realidad americana. Cotejaremos, de manera tangencial en nuestro análisis, la posición del autor con algunos planteos de autores clásicos de la tradición filosófica, tan solo para indicar algunos puntos cuyo desarrollo merecería un análisis mayor, que bien podrían ser asunto de otros artículos. Mencionaremos aspectos básicos de algunos autores como Heidegger, Descartes, Kant o Platón, tan solo para sopesar la propuesta del autor, mostrando su potencialidad y la radicalidad de su crítica.

4 Puede resultar extraña la referencia al “pensamiento occidental” tan usual en el corpus kuscheano. creemos que debe entenderse como forma de designar “lo europeo” en sus aspectos culturales y filosóficos. Esta designación le permite al autor centralmente diferenciar entre lo propio de América y lo extraño a ella.

2 Ser y estar: la dualidad ontológica como drama americano

En un texto temprano Kusch emitirá un juicio esclarecedor respecto al peculiar proceso de organización nacional-estatal en la Argentina del siglo XIX: “hemos fundado una nación sin pueblo” (Kusch, 2007, Tomo I, p. 326) Estimamos que aquí está resumido gran parte de su pensamiento en torno a la cuestión nacional, lo medular de su posición se encuentra aquí condensado. Haber fundado una nación sin pueblo podría ser traducido como la fundación de una estatalidad mediante la negación de su único contenido nacional posible. Esta fractura entre lo estatal y lo nacional, que es un tópico recurrente del pensamiento latinoamericano desde la Generación del 37, adquiere en Kusch un enfoque peculiar, ya que sitúa el origen del problema en el propio proceso independentista, juzgando a los hacedores de nuestra independencia como pertenecientes a una matriz colonial-moderna:

Belgrano encarna el proceso dialéctico en el cual la antítesis, es decir lo europeo, enfrenta a la tesis, el indio y la geografía de América”. “Él era representante de una pequeña elite de Buenos Aires, que se había empeñado en incorporarse al tráfico de la creación de objetos, lo que llamamos sintéticamente como ser [...] Él era de los creadores de grandes ciudades, del plano del ser. Entendía las cosas a la manera de la burguesía europea, como voluntad y acción. (Kusch, 2007, Tomo II, p. 136)

Belgrano sintetizaría en su figura las principales características del ser europeo tal como se ha trasplantado a estas tierras. Una pequeña elite ilustrada que anhela parecerse a Europa, para lo cual traslada sus objetos de manera voluntariosa. Si bien entendemos que opera una reducción en este análisis, al subsumir a la totalidad de los bloques independentistas dentro del modo de ser europeo, queremos quedarnos con la sugerencia de que el devenir americano adquiere un tipo peculiar de dialéctica en la cual lo propio de América, vinculado al indio y a la tierra, encarna el momento de tesis; y lo extraño a ella se considera un segundo momento, de antítesis, en la cual se ubica a la Independencia, como continuidad colonial del proceso iniciado en la Conquista.

En consecuencia para aprehender el modo en que se han tejido las relaciones sociales coloniales al interior del proceso independentista, resultaría sesgado limitarse al estudio del siglo XIX, más bien debemos antes remitirnos a la búsqueda del origen de este proceso dialéctico, que no es otro que la Conquista de América. A partir de aquí el continente se escinde en los dos momentos que hemos identificado.

Para concebir la singular dialéctica americana que Kusch propone debemos, por un lado, comprender la autoctonía de América, como el primer momento dialéctico; por el otro lo europeo como antítesis, encarnando su oposición. Entre ambos se realiza, a modo de síntesis,

un balance, la principal característica de la actualidad. Solo desde aquí podremos entender el significado de la continuidad colonial de la Independencia Nacional. Por tanto para comprender la forma que adquiere la fundación de nuestra estatalidad, debemos dar un rodeo que nos lleve primero a 1492.

La situación irresoluble que signa el drama de nuestra nación esconde un trasfondo milenario cuyas huellas podemos hallar hoy. Para ello debemos lograr penetrar la superficie de la realidad social, adentrándonos en el corazón de la América Profunda. Esta distinción entre lo superficial y lo profundo, tan mentada por el autor, hace a la principal característica ontológica de nuestro continente desde la Conquista: la dualidad. La misma nace como resultado del llamado Descubrimiento de América, al que el autor percibe primordialmente como un choque metafísico, en tanto ha significado la puesta en juego de un balance entre dos formas de ser o dos modalidades existenciales, que la humanidad ha adquirido a lo largo de toda su historia.

Este choque lejos de haber sido superado por los avatares de los quinientos años posteriores permanece como una herida colonial abierta, esto es, como si fuera metafóricamente una fisura en la espina dorsal del cuerpo social, una ruptura a nivel del hueso, invisible a simple vista pero que vertebró el conjunto de la estructura social. En ella es necesario adentrarnos si pretendemos conocer la profundidad del continente. La fractura entre dos polos opuestos es la clave interpretativa más importante a la hora de comprender Latinoamérica:

La historia de América es, primordialmente, la historia de su dualidad. Una dualidad que se inaugura con la espada de la conquista y que se va madurando al calor de las sucesivas colonizaciones. La historia de América se dibuja como el itinerario conflictivo de dos proyectos que en su despliegue van tejiendo la gruesa trama de nuestra cultura. (Gazquéz, 1989, p. 12)

La totalidad de lo humano en América está signado por esta partición entre modos de ser que se ha ido actualizando durante los distintos periodos de colonización de nuestra historia. De manera que el Descubrimiento no debe interpretarse solo como una feroz conquista sino como el espacio donde aún continúa dándose un balance entre los elementos adquiridos por la especie humana: el ser y el estar. Pensar América como un balance entre elementos existenciales antagónicos nos lleva a interpretar la conquista como un conflicto irresuelto que llega al presente, con el vaivén de fuerzas opuestas que han ido adquiriendo diversos caracteres en el correr de los siglos.

Todo el mapa de la región se dibuja a partir del itinerario que ha trazado esta oposición, incluso la fisonomía que han ido adquiriendo los distintos estados nacionales tienen la huella de esta colisión originaria. La gran consecuencia del choque ontológico que produce la conquista es un quiebre, una fractura ontológica -con su correlato en todos los niveles de la vida social- que aún no ha podido curarse: “El choque que se produjo entre la modalidad precolombina de concebir el ser y la española, genera el momento actual y para comprenderlo no basta quedar en sólo uno de los extremos.” (Kusch, 2007, Tomo I, p. 97)

La escisión entre formas de ser como peculiaridad que caracteriza a nuestro continente, continua siendo una herida colonial que aún no logramos cicatrizar, es el lugar desde el cual debemos situarnos para encaminarnos hacia los aspectos más profundos de nuestra nacionalidad. De la confrontación entre nativos y europeos en la Conquista resulta una escisión metafísica entre dos modalidades del Ser, que ni la Colonia ni la Independencia han podido resolver y por tanto lo hemos legado como herencia hasta nuestros días. Esta escisión constituye en la actualidad lo que vamos a denominar el drama de América⁵, que es el de nosotros mismos, en tanto participamos simultáneamente de las dos modalidades opuestas: el Ser y el Estar, las dos grandes categorías de la ontología americana que Kusch esboza. Veamos en que consiste cada una de ellas.

Las culturas precolombinas, arraigadas al suelo americano, se constituyen desde una ontología propia de América, el mero estar, como sobrevivencia. Modalidad propia del ser americano, en la cual participan indios y mestizos. Tiene la particularidad de permanecer enraizada a la tierra de dónde obtiene su fe vital y de la cual brota su peculiar espíritu y su forma de organización⁶. El invasor europeo se instituye desde la modalidad existencial propia de su tradición filosófica, el ser, que Kusch definirá en el sentido de “querer ser alguien” actividad propia de la cultura burguesa que nace en Europa en el siglo XVI. El ser como modalidad existencial propia de occidente, tiene su origen en las polis griegas y su continuidad en la Europa moderna, se caracteriza por su peculiar afán de querer ser alguien para lo cual crea objetos y agrede a otras culturas. En América ha sido históricamente encarnado por los sectores blancos del continente.

5 El drama de la nación argentina es tal en la medida en que participa de este drama continental ¿a qué nos referimos cuando hablamos de drama? Nuestro autor nos lo dice a las claras: “El concepto moderno de drama – en tanto se lo opone al antiguo de la tragedia- no estriba sino en el desplazamiento de la sanción trágica desde fuera del hombre hacia la intimidad del hombre...” (Kusch, 2007, Tomo IV, p. 821).

6 Definir existencialmente a América, no desde el ser sino desde el estar, es quizás la mayor herejía filosófica propuesta por el autor. El mismo lo define como una herejía filosófica (es la única vez que utiliza esta expresión) cuando define el estar como cualidad de la cultura americana, advirtiendo explícitamente que toma este concepto para romper con la continuidad del concepto de ser (Kusch, 2007, Tomo II, p. 109).

A la hora de analizar la forma en cómo se realiza la constitución existencial, Kusch discutirá implícitamente con la propuesta de Heidegger (2012), de comprender la existencia humana desde la categoría de la temporalidad, elevando a categoría central de su hermenéutica existencial a la categoría de espacio, categoría que si bien no está ausente en el filósofo alemán, no ocupa el lugar central que Kusch le asigna. Esta es la segunda herejía filosófica que vamos a presentar⁷.

Es la espacialidad, no la temporalidad, lo que da forma a los diversos modos de ser. Pero la relación entre ser y espacio no es tan solo una relación geográfica, no hace a lo estrictamente empírico como la particularidad del clima o el relieve. Kusch dirá que no es una relación fotografiable, es más bien un lastre espiritual que “no es ni cosa, ni se toca, pero que pesa” (Kusch, 2007, Tomo III, p. 110). En su fricción el espacio moldea las modalidades existenciales de los distintos grupos, dando lugar como consecuencia al nacimiento de las diversas culturas, que son las manifestaciones concretas en que se expresan los distintos modos de ser. El pensamiento de los distintos grupos está condicionado, de este modo específico, por el lugar que habita.

Esta relación fundante se presenta como una vivencia universal consistente en lo que denomina miedo original. Esto es el miedo de verse inmerso en la inmensidad espacial, a merced de acontecimientos inesperados que pueden ser fastos o nefastos. La superación de esta incertidumbre prístina, permite alcanzar soluciones culturales que ponen de relieve el carácter particular de cada grupo. La peculiaridad de cada cultura es la forma que adquiere la respuesta frente al miedo. Desde esta distinción espacial podemos analizar las formas en que se han constituido las dos modalidades existenciales en cuestión.

Ser y estar están signados por caracteres opuestos, uno emerge como continuidad, aunque no sin disputa, de la naturaleza de la cual se considera parte. Mientras la otra se ha forjado en llana oposición a esta, considerándose diferente y antagónica. El corte que se establece entre naturaleza y cultura es inverso en una y otra modalidad de ser, lo cual hace a su más profunda asimetría. Siendo esta es la primera delimitación importante para comprender las características de los polos en oposición.

Lo americano es primordialmente el espacio (Kusch, 2007, Tomo IV, p. 812) y lo indígena es la solución humana al planteo primario del enfrentamiento con dicha naturaleza espacial. La

7 Aquí si rompe con la posición de Heidegger, no lo hace en su definición de estar, ya que según él, el sentido de *Dasein* que siempre es definido como “ser ahí” tiene en realidad un sentido de “mero estar” solo que en alemán no hay verbo estar por eso se lo ha traducido erróneamente como un compuesto del verbo ser (Kusch, 2007, Tomo II, p. 110).

experiencia ancestral indígena, su sabiduría, es la sobrevivencia en la lucha con el espacio. Todas las culturas precolombinas se fundan en función de dicha lucha, de la cual brotan las organizaciones agrarias de los diversos pueblos originarios del continente. Son soluciones de tipo integrador, comunitario, emocional, con “economías de amparo” (Kusch, 2007, Tomo II, p. 109) que nacen como resultantes de la influencia telúrica que ejerce la tierra con la cual se identifican. La clave de la solución del enfrentamiento, es la identificación con el paisaje, las culturas indígenas llevan impreso el sello de la tierra que habitan.

La naturaleza tiene un rasgo monstruoso, aterrador, indomable, la experiencia de enfrentarla genera en el nativo una especie de emoción mesiánica, el miedo original, signado por el sentimiento de estar rodeados por el mundo que se presenta en la forma del caos. La situación del miedo original, previo a toda categorización, construye el horizonte dentro del cual los pueblos americanos encuentran las soluciones con las que afrontan su propia organización social y construyen su ontología.

El mundo se le presenta como una potencia autónoma, que afecta al sujeto, quien vive víctima del miedo que le provoca estar entre fuerzas antagónicas, ser objeto de la ira de dios, sentirse inmerso en elementos cósmicos adversos que lo afectan. Es un mundo lleno de dioses y demonios que se disputan su orientación, sin nunca llegar a resolver la contienda para una u otra parte. Pero su respuesta no es la huida o la negación del miedo (solución que como veremos es típica de Europa) sino que buscará conjurarlo a modo de restablecer el equilibrio.

Por su lado uno de los principios míticos fundantes de toda la cultura occidental moderna es la oposición hombre-naturaleza (Kusch, 2007, Tomo III, p. 119). La centralidad asignada al sujeto -el yo cartesiano- desplaza a la naturaleza de su lugar de centro. Este pasa a ser el individuo, el yo aislado, que solo encuentra la garantía de su existencia en el pensamiento, no en la realidad exterior. La naturaleza ya no es más autónoma sino que se lo considera como un espacio vacío.

Más adelante con el giro copernicano de Kant (2009) el sujeto trascendental incorpora al espacio como forma a priori de la sensibilidad. Al ser internalizado por el sujeto queda como elementos vacío, disponible, del cual es posible adueñarse y manipularlo a voluntad (Paz, 1989). Aquí, supuestamente, el miedo desaparece, al igual que los dioses. La naturaleza se vuelve un objeto a la mano, posible de ser dominado. El miedo original, del cual también participa el europeo, queda escamoteado por la elaboración de una segunda realidad, la ciudad, donde el ciudadano se protege de la hostilidad de la naturaleza demoníaca. También se crean la ciencia y la técnica con el fin de lograr dominar el mundo, que ya no es agresor sino agredido:

Primero Descartes y luego Kant dieron un fundamento a la cultura occidental, cuando convirtieron a la ciencia en un problema del sujeto y no de la realidad exterior o del objeto como había sido con Aristóteles. Lo exterior es simplemente el noumeno, lo posible y lo técnicamente dominable. De ahí que la cultura occidental sea una cultura sin naturaleza y en este sentido se opone a la cultura indígena. Es una cultura sin compromiso con el mundo exterior, siempre que ese mundo exterior no sea el hombre mismo. (Kusch, 2007, Tomo IV, p. 791)

La solución indígena supone la integración humana en torno a la tierra, como forma de supervivencia, donde el todo predomina sobre las partes, lo colectivo sobre lo individual; como un modo de enfrentar el espacio natural de América. La cultura occidental supone la necesidad de la fuga, la creación de una segunda naturaleza, la ciudad, donde habitar lejos de las amenazas propias del ámbito espacial. Es la lógica que articula el armado de todas las ciudades, desde Atenas hasta Nueva York. Si la historia de Occidente es “la historia de la ciudad como evasión. En cambio Cuzco, Tenochtitlan, es la historia de la ciudad-administración de la tierra o una historia de la tierra y supone la ciudad como resultante pero no como fin” (Kusch, 2007, Tomo IV, pp. 798-799)

Como consecuencia directa de la forma de relacionarse con el medio, nace la segunda diferencia entre ambas modalidades existenciales. La honda sensación de un mundo inestable ha provocado en el indígena, a nivel de su cultura, la necesidad de “estar con” (Kusch, 2007, Tomo II, p. 535) o sea un requerimiento de comunidad, íntimamente ligado a la posibilidad de alcanzar el domicilio existencial (el lugar donde el sujeto puede constituirse existencialmente a través de la creación de un horizonte simbólico propio) ya que es la comunidad –no el sujeto aislado- la que se instala en un espacio permitiendo, al arraigarse a la tierra, alcanzar una autenticidad plena.

Si el compromiso con la tierra, la identificación con el paisaje, llevan al indio a vivir en comunidad, como forma de solucionar su oposición al espacio, el enfrentamiento directo con la naturaleza, la creencia en su poder para dominarla, llevaron a la cultura europea a la atomización individual, siendo así una sociedad contractual que tiene como principio fundante al hombre aislado, el sujeto individual o el “yo” que experimenta la libertad de la soledad, principio fundante de toda la civilización occidental-europea moderna.

El contrato social como origen de la forma de organización social de Europa se opone a la comunidad, principio de organización de todos los pueblos originarios americanos. Si los europeos suponen que son individuos libres, quienes decidieron asociarse para constituir el estado, los habitantes originarios de América consideran natural la disposición comunitaria, como un mandato que brota de la tierra. Frente a la oposición radical con la naturaleza todas

las culturas indígenas logran domiciliarse, en el sentido de sentirse amparadas en el mundo, encontrando un equilibrio. Este equilibrio lleva a la constitución de la comunidad, como único modelo social válido para hacer frente al espacio. Mientras que frente a la incapacidad de constituir un domicilio existencial en estas tierras, el ser europeo se ha refugiado en la exaltación individual y solitaria, que concibe a la sociedad como el resultado de un contrato, lo cual supone una decisión de individuos libres y aislados, desarraigados del medio en el que viven.

Todas las culturas precolombinas giran en torno al estar aquí, en la tierra, en la comunidad, con los dioses; con la conciencia de estar arrojados en medio del magma cósmico. Son culturas estáticas, que se dejan estar buscando el equilibrio de las fuerzas antagónicas, lo cual lleva a una tercera desemejanza. El pensar indígena se da al margen de las causas, en un plano menos consciente (por lo cual recurre a rituales) como solución que permite alcanzar el equilibrio entre opuestos. Mientras el ser en tanto acción, voluntad y razón requiere una existencia dinámica que elabora una teoría del mundo para lograr dominarlo y no someterse a él. Para ello evita la oposición entre lo fasto y lo nefasto mediante la magnificación de un ámbito que responde al plano de la consciencia, dicho ámbito Kusch lo denomina “patio de los objetos”. Los objetos, por ser vistos, sirven de garantía a la consciencia, permitiéndole superar la oposición al espacio mediante la creación externa de cosas, conformándose con la utilidad del mundo. La racionalidad científica sería la consecuencia de este modo de ser que busca la plena consciencia, mientras la ritualidad indígena se explica por su capacidad de llevar su inconsciente a flor de piel⁸.

Son estas dos formas de ser las que chocan en la Conquista, generando como resultado una escisión de la realidad en dos bloques antagónicos. Quizás la fórmula más emblemática que ejemplifica esta partición es la división sarmientina entre civilización y barbarie (Sarmiento, 2009). Kusch retomará a su modo este binomio entre dos polos opuestos: “Por una parte, los estratos profundos de América con su raíz mesiánica y su ira divina a flor de piel y, por la otra, los progresistas y occidentalizados ciudadanos. Ambos son dos extremos de una antigua experiencia del ser humano.” (Kusch, 2007, Tomo II, p. 18)

Entre estos dos polos antagónicos emergen en el siglo XIX los distintos estados nacionales que no podían estar exentos de este dilema. La lucha entre ser y estar tiene expresiones y resoluciones diversas a lo largo y ancho del territorio, difiriendo de distintos modos incluso dentro de un mismo Estado. Esta contradicción ontológica continental es lo primero a tener

⁸ Para comprender mejor el sentido que adquiere en Kusch la psicología profunda de Jung recomendamos su artículo “La psicología aplicada a la arqueología” (Kusch, Tomo IV, p. 243)

en cuenta para comprender las características de las naciones latinoamericanas. Sin ella no podría comprenderse nada de lo ocurrido fronteras adentro. Pero en el devenir de su propio desenvolvimiento histórico, cada nación ha desarrollado relaciones de fuerza, por llamarlo de algún modo, diferente entre ser y estar, en función del mayor o menor desarrollo de la cultura indígena presente en cada territorio al momento del choque:

América yace entre dos facetas del ser, el choque entre estas definen la escisión. En cada país el grado de definición ciudadana y de autoctonía entra en conflicto para dar una situación diversa. El equilibrio entre ambos o la primacía se reparte en forma desigual. Parece como si el grado de definición logrado por la cultura indígena, o sea su capacidad de definir su propia verdad frente al conquistador repercutiese aún hoy [...] permanece como un sustrato inalterable, por sobre el cual se deslizan, las estructuras blancas. (Kusch, 2007, Tomo I, p. 99)

En aquellas zonas donde más consolidada se hallaba la modalidad indígena, mayor fue la resistencia a la invasión y continúan siendo en muchos casos, bastión de la resistencia en la actualidad. Mientras que aquellas zonas donde la presencia indígena era más débil, han sido el campo propiciado por los invasores para el cultivo de su modalidad propia de ser. Son en general las regiones de llanura cercanas a la costa de los océanos, donde hasta hoy se asientan las grandes ciudades del continente, que emergen como refugio y bastión del ser. Este se ha insertado en América con violencia, refugiándose en las ciudades que ha construido, a modo de puntos de fuga de la realidad honda del continente.

3 La independencia

Realizado este rodeo conceptual que nos ha llevado a distinguir entre las dos formas de ser que habitan el continente desde la Conquista, podemos pasar a analizar el proceso de formación de la nacionalidad. Las peculiaridades del proceso de Independencia son una preocupación constante en la reflexión Kuscheana, que en tanto filósofo de la liberación y la descolonización, Kusch buscará rastrear el origen de las relaciones sociales coloniales tejidas en el territorio nacional, las cuales no podrían comprenderse tan solo analizando el siglo XX, sino que para hacerlo es necesario remontarse al siglo XIX.

Dos rasgos caracterizan toda la línea de pensamiento del autor en torno a este tema. En primer lugar la concepción de una línea de continuidad entre la Colonia y la Independencia, diremos incluso, la profundización de ciertos caracteres coloniales, una vez advenido el nuevo régimen político. En segundo lugar la afirmación de la continuidad indígena en la conformación

de las clases populares en Argentina⁹. Según la primera línea de continuidad nombrada, la construcción del Estado-Nación argentino estaría signada por prescripciones europeas, pero al contar con estructuras socioculturales diferentes carecería de condiciones para erigir una institucionalidad propia, no logrando instituir un Estado verdaderamente nacional, lo cual da lugar a la continuidad de una situación de colonialidad bajo nuevas modalidades:

La Independencia se realiza, en conclusión, en la misma línea de la colonia. Un afán angustioso de dar la espalda al país real y de sistematizar la huida de la verdad del suelo afirma a la ficción. Ahora el coloniaje se amplía. “Lo que había sido un coloniaje de cuerpo y de sangre [...] se convierte así en coloniaje de espíritu con la Independencia. Lo foráneo invade gradualmente las estructuras raciales, las capas de autoconía creciente, pero sin tocar mayormente la última que es la india [...] no hace más que adosar una actitud a otra creando capas y estructuras inconciliables entre sí. (Kusch, 2007, Tomo I, p. 84)

La Independencia cobra un sentido distinto al relato oficial, e incluso a ciertos relatos revisionistas, que la ve como un corte respecto a la etapa colonial anterior. Por el contrario, Kusch enfatiza la continuidad y la profundización del régimen colonial que deja de ser una imposición externa, para internalizarse en el espíritu de gran parte de la población local, quien asume como propia la ontología europea (“coloniaje de espíritu”).

La formación del Estado Nacional consistió en el traslado de estructuras foráneas pero solo a nivel de la forma, no del contenido, que persiste en ser indígena (“lo foráneo invade las estructuras, pero sin tocar la última”), motivo por el cual se la define como ficcional. Al proponerse trasplantar las instituciones, las constituciones y los pensamientos del viejo continente, se construye un Estado evasivo, de fuga, de espaldas al país real, sin caer en la cuenta de que aquellas disposiciones pierden su razón de ser en otro ámbito vital como lo es el americano.

Las fracciones hegemónicas oligárquico-liberales, a quienes se suman los sectores medios, suponen participar de la experiencia universal del ser europeo, estructurando sobre esta base las distintas nacionalidades que adquieren características eurocéntricas. Desde ellas justifican la exclusión de sectores mayoritarios, constitutivos de nuestra real nacionalidad, como son el indio, el gaucho y el negro, a quienes “residualizan” (Kusch, 2007, Tomo II, p. 157) condenándolos al olvido, como si tan solo fueran la prehistoria de la patria, un lastre del

⁹ Estas dos líneas de continuidad pueden hacerse extensiva a todos los procesos de formación de los estados nacionales latinoamericanos, nosotros vamos a ejemplificar solo con el caso argentino, pero haremos mención a diversas problemáticas que podrían tener un alcance continental, siempre que se atienda a las particularidades locales.

pasado. Son estos sectores quienes retoman las viejas banderas coloniales profundizando sus lineamientos esenciales.

El caso argentino es paradigmático al respecto, quizás ninguna otra elite dirigente haya desconocido tanto a su propio pueblo, al punto de alentar la llegada de contingentes extranjeros, considerados superiores, para reemplazar a la población local. Además no han dudado en dejar librada a su suerte los territorios propios más fuertemente indígenas, como el Alto Perú. Asimismo la continuidad de la Conquista tiene su expresión más acabada en la llamada Conquista del Desierto, donde prevaleció la idea de exterminio por sobre la posibilidad de integrar a los sectores indígenas, logrando vencer a los pueblos que desde hacía trescientos años venían resistiendo al invasor extranjero, lo cual significó llevar la Conquista hasta sus últimas consecuencias, una vez constituido el Estado Nacional.

Estos ejemplos históricos nos muestran que la tensión constitutiva de América desde la Conquista permanece como conflicto irresoluble al interior de los nacientes Estados Nacionales, con la particularidad de que en todos los casos, quienes lograron imponer su programa y dirección son los sectores de elite, situados existencialmente desde el ser, de allí que hayan intentado calcar modelos estatales del viejo continente, rechazando todo aquello que se presentara como particularidad autóctona. Pero esta invasión advenediza de estructuras extranjeras no logra imponerse del todo a los linajes autóctonos, generando como resultado una yuxtaposición de estructuras:

La autoctonía de América va más allá de la Conquista, subyace a ésta y persiste aún hoy en la forma más inesperada, por cuanto perdió, después de la invasión europea, toda expresión que la incorpore a la civilización ciudadana. Sigue perteneciendo al inconsciente social, a la verdad no revelada de nuestra ciudadanía americana. (Kusch, 2007, Tomo I, p. 97)

La derrota indígena fue real pero solamente desde una mirada superficial, solo en apariencia, se podría afirmar que fue total. Ya que lo indígena no ha podido ser subsumido, ni superado, sino que se mantiene vivo, procurándose las formas más variadas (razón por lo cual podemos hablar de la continuidad indígena en el mundo popular como la otra gran característica del proceso de Independencia) en cuanto no le han permitido integrarse a la civilización desde su propia forma de ser.

Hay una constante pelea entre el pasado y el presente, los opuestos conviven aún, en parte, sin mezclarse en ciertas zonas geográficas y culturales. La europeización de América no se ha logrado sino a medias. Interpretar el balance entre estas dos líneas de continuidades, como

elementos antagónicos actuales, implica fundamentalmente pensar identidades manchadas, lo indio se mancha de blanco y lo blanco se mancha de indio.

Pese a todos los esfuerzos por exterminar a su opuesto, ni siquiera el mayor genocidio de la historia de la humanidad pudo liquidar el sentir propio de estas tierras que, desterrado del centro geográfico que ocupaba, subyace aún en los márgenes del territorio, en su repliegue estratégico reemerge de manera cíclica, manifestándose súbitamente. Pese a los esfuerzos colosales de los conquistadores occidentales que han buscado desterrar al indio al olvido como un lastre del pasado, no han logrado impedir:

la supervivencia, no ya del indio, sino de lo indígena, en su sentido literal de lo autóctono. Pudo desaparecer en el caso de Argentina, lo indio como cosa, pero no como estructura. ¿Qué sentido tiene, si no, entre nosotros 1820 y 1946? (Kusch, 2007, Tomo IV, p. 786)

En tanto no ha sido aniquilado el estar persiste y subyace, es parte de nuestra realidad inconfesa, se encuentra en los resortes más íntimos de la sociedad, aquellos que por ser emocionales, son inconscientes e irracionales, pero que pesan; condicionando en lo más hondo, todo el funcionamiento de nuestras naciones. Los entes que participan del estar quedan relegados de todas las esferas oficiales del estado, desplazándose a los márgenes. Las clases sociales autóctonas son relegadas de las estructuras de los distintos Estados que solo logran erigirse como tales al destruirlas. Pero el sentimiento vital propio de América que ellas encarnan subyace aún hoy a las estructuras estatales, permanece oculto en el inconsciente social y persiste, en última instancia, estructurando la vida en su totalidad. Impidiendo que la razón occidental se despliegue completamente:

El drama de América está en la participación simultánea del ser europeo y del presentimiento de una onticidad americana. [...] la participación del ente del ser no puede lograrse. La existencia en definitiva no logra ser auténtica y es falsa, adquirida, propiamente existente porque se bifurca y flota entre verdades parciales. (Kusch, 2007, Tomo I, p. 103)

Este flotar entre verdades parciales se constituye en la base del problema nacional, generando una interacción dramática que aún no logramos resolver. La contradicción subsiste, sin que haya un debilitamiento muy marcado de ninguna de las dos partes. Lo indio y lo blanco continúan oponiéndose a nivel existencial, cultural y de pensamiento. El resultado de este proceso histórico es la superposición inarmónica de realidades o de visiones del mundo, la “superposición del ser” (Kusch, 2007, Tomo I, p. 86)

En la medida en que amplios sectores sociales asumen una u otra modalidad, la dualidad genera una fractura social entre aquellos sectores que encarnan uno y otro extremo de la contradicción. Esta demarcación metafísica entre dos modalidades opuestas, conlleva su enfrentamiento en múltiples planos de la realidad. Nos interesa resaltar tres dimensiones del problema partiendo de un criterio común ya mencionado: las modalidades existenciales se encarnan en grupos sociales concretos que manifiestan en su propia vida cotidiana estos modos de ser profundos.

La primera dimensión se refiere al aspecto geográfico del problema, constituye una de las caras más visibles del mismo. Hay regiones donde claramente una de las modalidades aparece como exaltada, casi que negando la realidad de la otra. La geografía nos permite establecer binomios significativos, entre los cuales se reparte el mundo entero. Asia, África y América para Kusch poseen cierto suelo común que los emparentaría dentro de cosmovisiones similares. Europa marcaría la diferencia al establecerse desde el ser, dominando al resto. Esta división mundial se subdivide a su vez, en territorios menores. En América Latina países como Perú, Bolivia o Guatemala poseen más a flor de piel esa forma de ser que alienta en los substratos populares, sobre todo en el indio; mientras Argentina sería quizás el país del continente con mayor predominancia de la cultura blanca y occidental.

Esta división de escala mundial y continental, se vuelve a encontrar al distinguir regiones geográficas al interior de un mismo país, donde se renueva la antinomia. El norte argentino, el sur mapuche, provincias olvidadas como Santiago del Estero y La Rioja, expresan en su fisonomía, de manera mucho más nítida, las formas de organización del estar, que parecieran ausentes en las grandes ciudades del país. Asimismo la división geográfica se renueva también al interior de una misma ciudad, aquí la distinción se da entre el centro donde prevalece el ser y su periferia donde prevalece el estar, representativos de esta distinción son los barrios Qom que hoy existen en la ciudad de Rosario. En general los grandes cordones villeros que rodean a todas las ciudades, muestran la situación que buscamos ilustrar de una manera muy gráfica: el mero estar rodea a la ciudad, la mantiene sitiada, simplemente dejándose estar sin más.

Pero esta primera dimensión, se complejiza cuando se analiza el segundo plano al cual haremos mención, que es la dimensión de "clase" del problema. Con el concepto de clase Kusch no hace una alusión estricta a la categoría de análisis propia del marxismo, no apunta a establecer una fundamentación económica del campo social, que equipararía a la clase con el lugar ocupado al interior de las fuerzas productivas. Sino más bien hace a una diferenciación de tipo colonial/cultural que se da en la medida en que los diversos sectores sociales asumen modalidades existenciales opuestas, a partir de lo cual podemos identificar dos grandes clases:

clases dirigentes/coloniales ubicadas desde el ser (integradas por las clases altas y medias) y las clases populares que solo están nomás (compuesta de indios y mestizos). Las clases populares serían los sectores sociales cuyo pensamiento, en parte, no ha sido colonizado; las clases coloniales por el contrario, serían las clases donde más fuertemente se evidencia la colonización del pensamiento.

En nuestro país, el rasgo más característico de esta división, así como el más problemático, está dado por el enfrentamiento entre la clase media y el pueblo americano. La clase media es concebida como una estructural cultural/colonial que se diferencia de lo que Kusch llama “pueblo americano” (Kusch, 2007, Tomo II, p. 465) La distancia insalvable entre esta clase media (ser) y el pueblo (estar) es clave para comprender la fractura nacional, que no logra de esta forma cohesionar el campo social popular: “entre nosotros hay que pensar los fracasos a partir de una escisión entre una cultura popular y otra que no lo es” (Kusch, 2007, Tomo III, p. 90) El pueblo americano es el conjunto de las clases populares, indígenas y mestizos, que comparten un suelo común que los diferencia de las clases dominantes. Este suelo está dado por la continuidad arquetípica del mundo indígena, que representa una tradición rota pero que ha sabido persistir en el mundo popular:

Lo que se ha dado en llamar cabecita negra en Argentina, roto en Chile o cholo en Bolivia y Perú, no tiene una vinculación directa con el mundo indígena, pero sobrelleva de alguna manera características que vienen arrastrando de un lejano pasado, las cuales, en momentos dados, le sirven a esa masa de cohesión política, social y cultural en oposición abierta a peculiaridades netamente occidentales. (Kusch, 2007, Tomo II, p. 458) Al tomar en cuenta esta población se trasciende evidentemente lo indígena y se pasa a considerar la característica propia del así llamado pueblo americano. (Kusch, 2007, Tomo II, p. 460)

De allí que en una misma ciudad puedan encontrarse las dos ontologías coexistiendo aún en parte sin mezclarse. Pero solo en parte, ya que aquí interviene la tercera dimensión que traeremos a colación, la oposición entre estructuras psíquicas. El sujeto americano se desgarrar en su interior entre las dos modalidades de ser, sin decidirse por ninguna. En aquellos sectores donde mayor es la colonización del ser, las clases coloniales, este aparece como la totalidad de la conciencia, relegando a su opuesto –el estar- al inconsciente. Mientras que los sectores menos colonizados, viven con mayor facilidad su inconsciente a flor de piel por consiguiente el estar aflora en ellos, como de manera espontánea, siendo más un sentir que una razón.

Si la dualidad es un factor histórico de la existencia americana como totalidad, es también un conflicto que determina existencialmente al sujeto americano. El sujeto latinoamericano sintetiza en sí mismo la totalidad del drama histórico de nuestra región, ambas ontologías se

hallan presentes en el sujeto que habita el continente: “son dos raíces profundas de nuestra mente mestiza –de la que participamos blancos y pardos- y que se da en la cultura, en la política, en la sociedad y en la psique de nuestro ámbito” (Kusch, 2007, Tomo II, p. 6)

La bipolaridad se escenifica en la vida cotidiana del latinoamericano, quien vive la seducción de un mundo urbano poblado de objetos, como la presión de un mundo periférico poblado de dioses y rituales que traen al presente la prehistoria de América, la historia de la tierra. Ambos extremos coexisten tensionados en el sujeto americano. La “superposición del ser” alcanza su grado más mínimo de expresión al interior de cada sujeto que habita el continente, por eso definimos lo nuestro como un drama, ya que lo que comienza como una imposición externa en la Conquista se internaliza en la Independencia. En tanto grandes sectores de la población americana reniegan conscientemente de su origen autóctono, permanecen desarraigados existencialmente, sin lograr constituirse como sujetos plenos. Esta profunda des-constitución subjetiva es la base social, material y espiritual sobre la que se montan las naciones inconclusas.

Al desgarrarse en su interior entre dos formas del ser, el sujeto americano no logra constituir su domicilio existencial. Entre domicilio y nación tan solo hay discontinuidad. El desgarramiento ontológico del sujeto es la raíz primera del problema nacional, muestra a nivel micro una enfermedad existencial de nivel continental. Como agravante, en los últimos doscientos años hemos asistido a una progresiva des-constitución del sujeto (“ahora el coloniaje se amplía”) que asume una modalidad existencial impropia, suprimiendo el modo peculiar en que apuntaría a constituir desde sus propios símbolos un domicilio.

4 Hacia una ontología popular

En el siglo XIX todas las naciones latinoamericanas se han fundado sin el sujeto popular que en su heterogeneidad estaba destinado a darles contenido propio, esto es, autóctono. Nuestra nacionalidad adquiere su fisonomía propia a partir de este acto que, si bien pareciera primariamente político, encuentra su justificación y también sus consecuencias en filosofía. Aquello que se niega y se oculta en las formaciones estatales, no es solo el pueblo en el sentido material, sino también espiritual y simbólico. Hay una dimensión ontológica olvidada en la afirmación del ser nacional y es, sin duda, el sustrato más profundo del mismo, su fundamento, en el sentido de sostén, de suelo. Sin él la nación se erige en el vacío, este es el trasfondo de la crisis que cíclicamente suele manifestarse como exabrupto, ya sea en 1820, 1945 o 2001.

Pues aunque haya sido excluido del Estado, el estar persiste como residuo en el inconsciente colectivo, presionando como categoría inconfesa de nuestro quehacer ciudadano

cotidiano, llegando de este modo a sitiar las estructuras reales de las naciones. La derrota sufrida lo ha desterrado al olvido, a los márgenes de la vida ciudadana y al fondo de nuestra psique, pero no es algo del pasado, sino que subyace a todas las estructuras nacionales que se le han levantado arriba, negándolas. Así toda la estructura social se erige sobre arenas movedizas, que generan una inestabilidad constante y el trasfondo angustiante de saber que todo aquello sobre lo que la nación se ha montado es falso en el fondo.

Las clases populares esconden tras de sí el pensamiento profundo de América que ha sido negado junto con ellas. De allí la importancia de revalorizar el pensamiento popular como posible solución al drama de la nación: “Lo popular encierra en muchos aspectos el modelo de comportamiento y de pensamiento incluso para los momentos críticos de una nacionalidad” (Kusch, 2007, Tomo II, p. 569) Quizás el pensamiento popular pueda darnos las claves para solucionar nuestra crisis existencial. La tarea será entonces tratar de escuchar que es lo que el pueblo tiene para decir, recién ahí asomará la posibilidad de una nación realmente propia. Debemos intentar ubicarnos en ese margen desechado de nuestra nación civilizada donde se da el pueblo, como lo no colonizado, a lo cual es posible tender puentes para lograr constituirnos: “Parto de la tesis de que la pregunta por el pensamiento popular encubre la posibilidad de un pensar propio” (Kusch, 2007, Tomo III, p. 222)

La hipótesis de Kusch es que el pueblo contemporáneo contiene la experiencia acumulada del sujeto americano de todas las épocas pasadas. El pensamiento popular supone la experiencia irracional del sujeto americano, que constituye en lo más íntimo nuestra propia verdad. El pasado telúrico, la vivencia subterránea de un pueblo comprometido ancestralmente con la tierra, es el trasfondo de la experiencia cotidiana del hombre actual. Esto es así aunque todavía no hayamos logrado encontrar las formas para explicitar una realidad hondamente vivida por las capas inferiores del cuerpo social. El pueblo americano, con su propia forma de pensar a costas como peculiaridad continental, es una constante con la que se han chocado quienes quisieron imprimirle a América otra dirección, obstaculizando todo intento de crecimiento en otro sentido distinto al que posee, razón por la cual:

España no logra españolizar totalmente a América, ni la iglesia pudo cristianizarla, ni la burguesía europea y norteamericana pudo convertirla totalmente en un mercado de consumo, ni las doctrinas revolucionarias, marxistas o fascistas pudieron encontrar campo propicio. (Kusch, 2007, Tomo III, p. 141)

Todos estos intentos de des-americanizar América, nos dejan como herencia una cultura dividida, incoherente, sectorizada, carente de integración: “arriba se hacen cosas que nada tiene que ver con lo que se espera abajo. Quizá de ahí se expliquen los conflictos políticos”

(Kusch, 2007, Tomo III, p. 145) En este choque entre la realidad profunda que el pueblo encarna y la superficie ficcional de los que mandan; lo autóctono, el indio, el negro, el gaucho, los habitantes de las villas miserias, los obreros, los campesinos, se mantienen relegados. Pero obran por la gravidez que ejercen sobre las cosas, al punto de torcer por momentos el rumbo que la civilización busca darle al país.

Este obrar por gravidez que Kusch le adjudica a lo popular, se arguye a partir de sus características. Lo popular no refiere esencialmente a una diferenciación de tipo económica, sino que hace alusión a un modo de pensar, el cual conlleva un tipo de discurso que ha sido dejado de lado como residuo por la tradición de pensamiento occidental. Por detrás de este discurso popular hay una vertebración metafísica que lo forma, algo así como una lógica propia de la razón popular. En el fondo de este discurso se da una estructura binaria donde el elemento conceptual que se registra, se estructura sobre la presencia-ausente del segundo elemento, el polo emocional, configurando la totalidad de lo pensado que apenas se insinúa en el discurso.

El asunto que los sectores populares aportan al pensar puede caracterizarse como “área de lo arcaico” (Mareque, 1989) porque se determina simbólicamente, al margen del lenguaje. Por eso nos dice Kusch, nos enfrentamos no a un discurso, sino a un anti-discurso popular, que abarca un ámbito meta-racional, donde pareciera sugerirse un fundamento de tipo emocional. Es a través del anti-discurso desde donde se logra la constitución existencial como un “pensar desde el corazón” (Kusch, 2007, Tomo II, p. 571) Cuando Kusch se refiere a lo popular, como tal, hace referencia fundamentalmente a un tipo de discurso simbólico, cuyo estudio nos permitiría acceder al pensamiento profundo del continente. Adentrándonos en su conocimiento asomaría la posibilidad de solucionar nuestra posibilidad de ser que aún no logramos resolver.

El pueblo es la raíz que nos señala, cual si fuera una brújula, el itinerario a recorrer para alcanzar la autenticidad. De lo que se trata es de “escuchar al soberano”¹⁰ (Kusch, 2007, Tomo I, p. 326) Esta es la estrategia que Kusch sugiere para la nación. Ya que la crisis no es del pueblo, sino de los que mandan, incluido los sectores medios: “es que la cuestión no radica en mandar sino en escuchar a quien recibe las órdenes.” (Kusch, 2007, Tomo II, p. 569) Si esto se

¹⁰ Aquí incurre en una nueva herejía filosófica, ya que invierte el objeto de estudio propio de gran parte de la historia de la filosofía. Recordemos la famosa distinción hecha por Platón (2011) entre opinión y conocimiento, donde propone rechazar la primera, ya que solo la segunda nos permitiría llegar a un conocimiento superior. De Platón en adelante la opinión ha quedado descartada de la filosofía, despreciada como fuente del saber. Kusch propone rechazar la posición de Platón e invertir la escala de valores. Por un lado establece la duda sobre la validez del conocimiento heredado, y por otro lado revalida la opinión como lugar filosófico de gran relevancia. Para profundizar el tema ver (Kusch, 2007, Tomo II, p. 574)

hiciera, estaríamos invirtiendo el proceso reamente ocurrido, ya que la nación para poder afirmarse como tal tuvo que negar a las mayorías populares. El piquetero, el indio, o el vecino del barrio humilde no están integrados a la nación, sino que están residualizados para que esta pueda ser afirmada. Entre las “gentes bien” de Argentina y los indios mapuche, por ejemplo, tan solo se simula una nación: “la afirmación del ser nacional argentino con sus próceres, su vocación democrática, su progreso no incluye lo que pasará con el indio o con los habitantes de la villa miseria. Estos están residualizados para así poder afirmar.” (Kusch, 2007, Tomo II, p. 642)

Para Kusch la cultura del ser ha llevado a la crisis de la razón occidental, la decadencia de Occidente, signada principalmente por el refugio en el plano de la onticidad, en el ver no más que objetos. Esta experiencia decadente ha sido trasladada a América por la colonización, que busco trasplantar su propia vitalidad al continente. Pero aquí la inmersión en el patio de los objetos choca con la vivencia cotidiana de los símbolos y anti-discursos¹¹ “nuestro mundo está al margen del objeto y de los hechos. Por eso no nos podemos servir de la determinación intelectual o racional tal como la solemos exigir” (Kusch, 2007, Tomo III, p. 223) Ante este límite que América le opone al ser, la estrategia de conquista occidental consiste en instalar el patio de los objetos como un área que permite la determinación frente a lo indeterminado, una solución propia de Europa: “Todo el quehacer histórico de la invasión española, así como el de la implantación liberal, consiste en una instalación de entes como constitución, estado, organización nacional, etc.” (Kusch, 2007, Tomo III, p. 226) “los objetos crearon la posibilidad de hacer colonias y estas finalmente dieron las naciones” (Kusch, 2007, Tomo II, p. 161).

El pensar occidental caracterizado por su afán técnico, objetivista y matematizador, ha regido el proceso de formación de las nacionalidades latinoamericanas, incluso la filosofía ha contribuido a construir esta estrategia, colaborando en la formación de una nacionalidad excluyente. La distinción entre un plano óntico y uno pre-óntico de la realidad, atraviesa la mirada con la que la filosofía ha pensado la nación:

Filosofía refiere a un modo de ver que, en cierto modo hace al ser. Esto mismo tiene algo de excluyente. Ser en este caso no tiende a incluir un modo de sentir la esencia nacional, sino el modo de la presencia de esta.” “En tanto tomamos en cuenta el modo de sentir la esencia nacional y no el modo de su presencia, habría que hacer referencia no al ser sino al estar. (Kusch, 1989, pág. 140)

¹¹ Kusch le asigna a estos un carácter cotidiano, como experiencias diarias, aunque subconscientes.

Kusch propondrá, desde una hermenéutica pre-óntica, ubicar el problema de la nación al cabo de un salto atrás. Ir de la suposición de que hay una esencia nacional ya constituida, a la pregunta sobre si está constituida -y como- a nivel existencial. La anterioridad asignada al estar respecto al ser, su carácter emocional, lo llevará a suponer un estadio previo a la llamada esencia nacional donde se cocinan los sentidos:

En vez de hablar de una esencia nacional, cabe hablar previamente de una estancia, que se instala en gran parte fuera de la ciencia, en la mera subjetividad de sentir mi esencia como proyecto desde mi puro estar a nivel de nosotros. (Kusch, 1989, p. 140)

El sujeto popular de la nación se constituye a partir de esta estancia, al margen del ser tal como lo ha pensado la filosofía, fuera también de la ciencia. El verdadero sujeto nacional se constituye al margen del Estado, en la estancia que se origina desde la circunstancia que acosa, el miedo ontológico, que lleva aquí en América a la constitución existencial del sujeto en el sentido de mero estar que vimos antes: “ahí se exige el símbolo para ensayar el ser” (Kusch, 1989, p. 142).

La creación del horizonte simbólico propio, le permite al pueblo instalarse existencialmente en el suelo que habita. De esta forma logra alcanzar el domicilio existencial, creando a nivel simbólico aquello que la nación no le brindaba al excluirlo¹². En el proceso de formación de la nacionalidad, las clases coloniales chocan contra esta constitución simbólica a la cual pretenden desterrar, oponiéndole entes importados de otros ámbitos vitales, llámense constitución, estado o policía, esta situación de oposición lleva a la ruptura entre esencia y estancia. En este punto tiene su origen el desdoblamiento cultural de la nación:

Se trueca la esencia propia por otra a la cual se le asigna esencialidad. De ahí la ruptura profunda entre el pensamiento popular y el pensamiento intelectual apenas mediada por una clase media empobrecida. Falta en esto el hogar donde se cocina el sentido. Porque en el paso del estar al ser no se da la mediación, sino la fatalidad biológica de que lo popular instrumente su propia cultura frente a una cultura pública. Falta entonces la coherencia nacional (Kusch, 1989, p. 147).

El desdoblamiento cultural genera la falta de coherencia interna, el drama que aqueja a la nación. La escisión no permite la constitución de un sujeto nacional, sino que torna una demanda vigente la necesidad de su constitución ontológica. Por el contrario asistimos a una

¹² Éste es el significado profundo de los mitos populares y es lo que le interesa a Kusch sonsacar al estudiar el discurso popular en su trabajo de campo, así como también en el análisis que realiza de diversas leyendas y crónicas como la de Guamán Poma.

progresiva des-constitución subjetiva, ya que se busca suprimir el modo peculiar en que el sujeto americano apunta a fundar un logos, imponiéndose una esencialidad impropia. La consecuencia de haber negado nuestras propias raíces en el proceso de formación del estado podría resumirse como el “olvido del ser”. Nos hemos constituidos desde una negación y un olvido de aquello que hace a nuestra íntima verdad.

El olvido del estar a la hora de afirmar la nación, torna imposible la constitución del sujeto argentino, que oscila entre sentir un hogar como domicilio existencial (estancia) y la imposición presencial de la patria (esencia) inspirada en un concepto de ser que no surge del hogar. Si “la grandeza de una cultura o de una civilización, su apogeo está en la forma de concebir el ser o sea en marcar, en cierto instante, su limitación” (Kusch, 2007, Tomo I, p. 101) el dilema del sujeto americano y argentino consiste en haberse convencido de ser algo distinto de lo que es, aceptar la imagen que Europa tenía de nosotros, para de esa manera seguir siendo lo que no somos.

Si no somos capaces de restituir aquello que fue negado, si no reinventamos todas las estructuras estatales para realmente partir de nuestras propias raíces negadas, no podremos ser una nación verdadera, no seremos nunca nosotros mismos. Quizás toda esta problemática podría resumirse con la siguiente interrogación: “¿Es posible que se monte una civilización sobre la borradura de lo humano en su expresión más original como ser la que gira en torno a la problemática de la constitución del sujeto?” (Kusch, 1989, p. 148).

5 Referencias

- Gazquéz, G. G. (1989). “Cultura” y “sujeto cultural” en el pensamiento de Rodolfo Kusch. En E. Azcuy, *Kusch y el pensar desde América* (pp. 11-44). Fernando García Morente.
- Heidegger, M. (2012). *Ser y tiempo*. Fondo de Cultura Económica.
- Kant, I. (2009). *Crítica de la razón pura*. Colihue.
- Kusch, R. (1989). El hombre argentino y americano. En E. Azcuy, *Kusch y el pensar desde América* (pp. 139-149). Fernando García Cambeiro.
- Kusch, R. (2007). *Obras Completas*. Ross.
- Mareque, E. (1989). Líneas fundamentales del pensamiento de Rodolfo Kusch. En E. Azcuy, *Kusch y el pensar desde América* (pp. 53-71). Fernando García Cambeiro.
- Martí, J. (1948). *Obras Completas Tomo II*. Editorial Lex.
- Paz, N. B. (1989). Kusch y el miedo en América. En E. Azcuy, *Kusch y el pensar desde América* (pp. 103-118). Fernando García Cambeiro.
- Platón. (2011). *La república*. Gredos.

Sarmiento, D. (2009). *Facundo: civilización y barbarie*. Centro Editor de Cultura.